

A diez millas de la Punta del Morro

«**¡C**UÁNTO me gustaría volver a sentir los alisios antes de morir!» Era diciembre de 1989. Me habían nombrado Comandante del buque-escuela de Guardia-marinas «Juan Sebastián Elcano» y a los pocos días iniciaba el crucero de instrucción. Estábamos los dos sentados en un sofá hablando de mi futuro viaje en casa de unos amigos que daban una cena en su honor. La frase me cogió por sorpresa.

¿Estaba pidiéndome embarcar en el «Elcano» de Las Palmas a San Juan de Puerto Rico para navegar con los vientos alisios? ¿Estaba pensando en voz alta? Mi mente se esforzó en buscar la respuesta adecuada. Don Juan, con setenta y seis años entonces, seguía con la extraordinaria cabeza de siempre pero sus condiciones físicas habían comenzado a decaer. Las piernas a veces le flaqueaban y la visión del único ojo útil —operado varias veces y salvado por las manos milagrosas del dr. Alfredo Muñíos— era escasa. Cruzar el Atlántico —veintidós días de navegación programados para ese tramo del crucero de instrucción— en esas condiciones era muy arriesgado.

Pasaron unos interminables segundos antes de responder. «Señor, sería un honor llevarle a bordo...» Me miró fijamente, esbozó una sonrisa comprensiva de mi tardanza en la respuesta y con un gesto muy suyo, familiar para quienes tuvimos el privilegio de conocerle de cerca, apoyó su mano en mi rodilla oprimiéndola ligeramente y cambió de conversación. Después de cenar, en un aparte, se lo comenté a su ayudante, el capitán de navío Francisco Fernández Núñez, quien me dijo, «Estás loco... olvidate de ello... ni lo menciones... Cualquiera le frena a bordo... Menuda responsabilidad la tuya y la mía...»

Imaginarse a Don Juan «refugiado» en su camarote cuando arreciase el viento, escuchando las pitadas de los contramaestres

«Al finalizar la ceremonia las primeras palabras que me dirigieron fueron: "¿Te has enterado? No me han dejado salir de la ría porque decían que había mucha mar. Estoy indignado. Ni que fuese de tierra adentro"».

para reducir paño o cargar el aparejo es sencillamente imposible. Ese espectáculo no se lo perdería. Subiría al puente, de

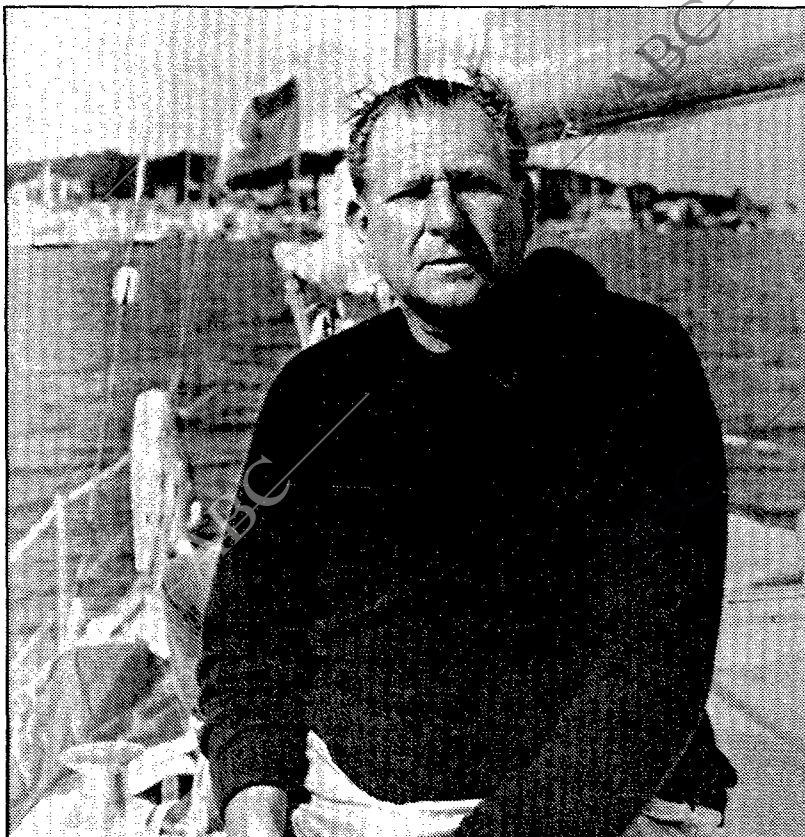
ella, conforme a nuestra jerga que tanto le gustaba, podía leerse: «A diez millas del Morro se navegará con todo el aparejo...» «Al avistar

siguió hasta el muelle de atraque.

Ya atracados en puerto, para los honores a la llegada a bordo de su Augusta Persona, decía la instrucción: «A 1147 se cubrirán vergas y jarcias por la dotación». «Al abrir los guardamancebos la puerta del automóvil, el trozo de saludo de contramaestres dará la primera pitada larga...». «Al pisar cubierta se romperá canasta de Almirante en el trinquete arriándose el gallardete del Comandante...». «A la primera voz de ¡Viva España! se comenzará a tremolar el gallardete del Comandante...». «La banda interpretará el Himno Nacional y comenzarán las diecinueve salvas...». «Finalmente se cantará el himno de la Armada...». Todo transcurrió como estaba escrito. Subió por la plancha acompañado de su ayudante. Al pisar cubierta saludó militarmente con gesto firme, permaneciendo en esa posición mientras escuchaba y repetía las voces de ¡Viva España! y sonaban las salvas de cañón.

Aquella imagen suya, con la grave enfermedad ya reflejada en su rostro pero erguido y marcial durante toda la ceremonia, humedecidos los ojos mientras escuchaba el Himno Nacional y dando salida a sus lágrimas al escuchar el himno de la Armada, fue una secuencia estremecedora. Yo me encontraba durante todo este tiempo a un metro de él dándole frente y saludando y reconozco que no me esforcé en contener asimismo mis lágrimas. Al finalizar la ceremonia las primeras palabras que me dirigieron —incluso antes de saludarme— fueron: «¿Te has enterado? No me han dejado salir de la ría porque decían que había mucha mar. Estoy indignado. Ni que fuese de tierra adentro».

Fue la última vez que pisó la cubierta del «Elcano». Entonces pensé que la tristeza de no haberse embarcado se compensó con la emoción que sintió al recibir los honores, y en un puerto caribeño donde fueron reyes su padre y sus abuelos. Al cumplirse el primer aniversario de su ausencia, me sigue persiguiendo la duda de si no fui lo suficientemente valiente para intentar que me hubiesen permitido llevarle a bordo y así cumplir el deseo de «sentir por última vez los alisios» antes de su muerte.



Por España, Don Juan renunció a ser marino. La fotografía está tomada por su hijo Juan Carlos, en aquella época Príncipe de Asturias

eso estábamos seguros los dos que le conocíamos bien. Seguí el consejo y no volví a mencionar el tema.

Inicié el crucero en la fecha prevista y precisamente navegando en los alisios recibí la inmensa alegría de que estaría en San Juan de Puerto Rico para recibir al barco. Días antes de la llegada enlacé por radio con su ayudante. La intención de Don Juan era salir a mi encuentro en una embarcación deportiva para hacer un «rendez-vous» en alta mar, a diez millas de la Punta del Morro, que indica la entrada en la ría de San Juan. Redacté la instrucción de organización para rendirle honores en la mar. En

la embarcación del Conde de Barcelona con el Pendón de Castilla, se gobernará a un descuartelar y al encontrarse a 500 yds. se braceará la Cruz a barlovento lascando escotas a palear...» «Al estar a nuestra altura se mareará el viento...»

Lamentablemente el encuentro en la mar no fue posible. Las autoridades portuarias de San Juan impidieron salir a las embarcaciones pequeñas a causa del fuerte temporal del SW. Si grande fue nuestra decepción, mayor fue la suya. Los honores en la mar que implicaban una maniobra del «Elcano» tan marinera y tan de su agrado, no pudo realizarse. Nos encontramos en la ría y nos

«Imaginarse a Don Juan «refugiado» en su camarote cuando arreciase el viento, escuchando las pitadas de los contramaestres para reducir paño o cargar el aparejo es sencillamente imposible. Ese espectáculo no se lo perdería»